

Domingo Díaz Asensio

RELATOS  
PIEZOELÉCTRICOS

Prólogo de:  
JOSÉ CARLOS RODRIGO BRETO



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— ANAQUEL DE NARRATIVA, n<sup>o</sup> 26 —

MADRID • MMXXI

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento, transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © DOMINGO DÍAZ ASENSIO

Del prólogo © JOSÉ CARLOS RODRIGO BRETO

De la edición © Cuadernos del Laberinto

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula

[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Primera edición: mayo 2021

I.S.B.N: 978 84 123537-1-6

Depósito legal: M-9558-2021

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

A Virginia Ângela,  
el gran amor de mi vida.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## AGRADECIMIENTOS

Agradezco a Gloria Díez, poetisa y periodista, su labor en la corrección del manuscrito de este libro. Si algún mérito tuviesen los relatos, a ella corresponde una parte.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## Í N D I C E

Prólogo: José Carlos Rodrigo Breto .....	pág.	11
Nota del autor .....	pág.	17

### LA VIDA Y SUS ESPEJOS

Sola, fané y descangayada .....	pág.	25
El pozo .....	pág.	43
El ciego .....	pág.	55
Los semidioses .....	pág.	65
Menos con la lotería .....	pág.	73
El caleidoscopio .....	pág.	83
Humano como Jesucristo .....	pág.	93
La moneda .....	pág.	99

### CÓDIGOS MOISE

La puerta .....	pág.	105
La leyenda de las Torres Gemelas .....	pág.	113
El árbol maestro .....	pág.	123
Vibrar .....	pág.	129
Releer a Heráclito .....	pág.	131
Guía del suicida .....	pág.	135
Suicidio .....	pág.	137
Toro .....	pág.	139
Yatchilán .....	pág.	141
Monte Urquiola .....	pág.	145

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



## PRÓLOGO

POR

JOSÉ CARLOS RODRIGO BELLO

Han transcurrido ya un buen puñado de años desde que conocí a Domingo Díaz Asensio y puedo afirmar, sin equivocarme, que siempre la literatura ocupaba una gran parte de sus pensamientos. Primero fue la poesía, después la narrativa, siempre con un programa de escrituras bulléndole dentro. Domingo es un escritor con un esquema mental de sus obras muy claro, quizás porque es ingeniero, y concibe la edificación de sus textos de una forma casi arquitectónica.

Producto de ese afán narrativo y constructivo es este libro que ahora, lector, proteges con tus manos. Por eso, Domingo realiza una división calculada entre las dos partes de estos *Relatos piezoeléctricos*. La primera parte, de título significativo, *La vida y sus espejos*, recupera la función primordial

de la literatura, ser un espejo que refleje los acontecimientos de la existencia y, sobre todo, los miedos que nos atenazan y que forman parte de nuestra cualidad de humanos.

Por eso, en *La vida y sus espejos* asistimos a un recorrido por los *topos* fundamentales que han configurado el imaginario más clásico de la narrativa: la figura del padre y la infancia en el magnífico relato *Sola, fané y descangayada*, la mirada a un pasado que, tal y como afirmó el escritor británico Leslie Poles Hartley: «es un país extranjero». Domingo trata de rehacer ese país extranjero mediante el recuerdo, y convertirlo en una tierra amable y propia.

En *El pozo*, otro motivo eterno del imaginario, aparece el miedo, el terrible tránsito que abarca ese recorrido que nos puede conducir de la oscuridad a la luz, todo ello en un tono algo kafkiano. *El ciego* resulta un relato complementario al anterior, juntos conforman un díptico, de nuevo la forma de habitar la luz desde las tinieblas. Y *Los semidioses*, de elevado tono simbólico, es una reflexión borgiana sobre la creación y la belleza.

Cierto humor irónico aparece en *Menos con la lotería*, sobre anhelos y decepciones, sobre creencias y fracasos; en *El caleidoscopio* se aborda la infancia y las diferentes formas de mirar y de percibir las muchas realidades que nos rodean;

en *Humano como Jesucristo*, aparece una cuestión tan humana como es la duda. La primera parte del libro termina con *La moneda*, acerca de una casualidad que tal vez no lo sea, quizás sea destino, y cómo ese destino incomprensible marca los caminos que elegimos en nuestra vida.

La segunda parte del libro se titula *Código Morse*, también con mucho simbolismo. Si en la parte anterior hemos asistido a relatos que se sustentaban en las dudas y miedos humanos, siempre con una salida hacia la luz, en esta sección abundan ciertas señales que vamos encontrando en nuestro camino, léase nuestra vida, y que necesitamos decodificar para comprenderlas. Hay un código morse en lo que nos rodea, en la naturaleza, y si somos capaces de comprenderlo podremos acceder a un conocimiento superior.

Un primer símbolo se encuentra en el relato que abre la serie, *La puerta*, al que sigue la interesante ucronía de *La leyenda de las Torres Gemelas*, para en *El árbol maestro* condensar gran parte del imaginario que Domingo despliega en el libro, siempre positivo y ascensional —el pozo, las propias Torres Gemelas, el caleidoscopio que debemos elevar para poder revelar sus dibujos ante la luz—; la originalísima pieza *Vibram* da paso a un cambio de tono en esta sección, que incluye relatos breves para culminar con *Monte Urquiola*.

En *Relatos piezoeléctricos* hay un lugar para la ironía, la sátira, el humor reflexivo, pero también para la angustia y cierta desazón, que se complementan con el asombro que hallamos en los microrrelatos *Guía del suicida* y *Suicidio*.

Evidentemente, este pequeño y breve prólogo no es el lugar adecuado para extenderme en un análisis profundo de los elementos recurrentes que Domingo nos ofrece, como ocurre en *El pozo*. ¿Quiénes luchan o quiénes luchamos por no ahogarnos en el pozo? El autor, desde luego, se sirve de esta poderosa y angustiosa imagen, una situación desesperada, para mostrarnos la forma en la que se siente tras tantos años de contemplación de una realidad que le disgusta. Pero no se trata solo de él, porque el personaje que lucha por sobrevivir es algo más que un arquetipo: es nuestra propia conciencia moral y social.

En efecto, conciencia moral y social, porque los textos que conforman este libro albergan ese espíritu reivindicativo de mostrar cautelosamente algunos de los males que actualmente minan nuestras fuerzas. Domingo nos habla de ecología otorgando voz al Monte Urquiola, de esperanzas, miseria y fortuna en el ya mencionado relato de la lotería, de la familia, en una de las cimas del libro —el justamente premiado relato sobre el tango—.

Por este motivo, la narrativa de Domingo alberga un luminoso poso de optimismo. Siempre queda algo a lo que agarrarse, sustentarse, asirse, para aguantar y proseguir adelante con fuerzas renovadas. Detrás del amargo final del relato de la lotería podemos encontrar un rastro de esperanza porque el ser humano se construye a base de decepciones y nuevas ilusiones. En el acertado recurso de otorgar voz al Monte Urquiola podemos encontrar la llamada salvadora de la naturaleza. Quizás, por ello, sea el relato que cierra del libro.

De igual forma, en esta narrativa, nos topamos con la idea más espiritual de su autor, que nos nutre del poder suficiente para continuar adelante: el poder de la escritura. Es ahí en donde la idea que Domingo sostiene sobre la literatura se desarrolla en toda su magnitud. En eso radica la fuerza del libro que ahora sostienes en tus manos, lector. No la desaproveches.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## NOTA DEL AUTOR

Estimado lector, el libro que tienes en las manos no pretende dejar huella en la literatura ni en tu trayectoria personal. No aspira a que haya un antes y un después de su lectura. Se limita a ser un libro honrado, como lo es, a pesar de las apariencias, la vida misma; como lo son, en su fondo, las historias que cuenta y como pretende ser, a pesar de las dificultades para ello, quien lo escribe.

El género de algunos relatos es fantástico, fruto de la creatividad en que se inspiran, pero casi todos ellos contienen un fondo de verdad, la que pudo y aún puede ser. Otros, tú sabrás cuáles, son la pura verdad. La verdad subjetiva que surge de los recuerdos, que es la máxima verdad a la que se puede aspirar y que, por tanto, se puede ofrecer, hoy por hoy.

Estos relatos están creados en dos momentos diferentes. El primero deriva del golpe de inspiración original, recogido de forma aleatoria e imprevista durante las dos primeras

décadas de este siglo, y constituye, en la mayoría de los casos, el argumento y la parte nuclear de cada relato. El segundo momento consiste en la terminación meditada de dichos relatos, sin perder ni deformar la idea y el espíritu original, pero aportando a cada uno de ellos el conocimiento literario necesario, madurado a fuego lento en lo interno durante los últimos años, y la experiencia positiva que la vida confiere a cada individuo con el paso de ese mismo tiempo. He tratado con insistencia de diluir sus costuras y de fundir esos momentos entre sí con el objetivo de aportar lo mejor de cada uno de ellos, inspiración y creatividad, por un lado, y calidad literaria y concreción por el otro, para hacerlos inidentificables.

Se trata de relatos piezoeléctricos. ¿Por qué ese nombre tan extraño? Como en el caso de un encendedor piezoeléctrico, en cada uno de los relatos yace escondida una pequeña chispa que saltará ineluctablemente cuando lo termines, pero ¿habrá gas que prender cerca? Eso depende de ti y solo de ti. La inspiración y la palabra ponen la chispa inicial transitoria, tú pones el gas permanente. Entre todos, cada uno su parte, evaporamos y mandamos al cielo el éter de nuestra esencia, con el fuego de tu interior encendido por esa chispa.

Ojalá que así sea. Es mi más inconfesable deseo. Pero si no lo fuere, satisface también totalmente mis aspiraciones



que, tras cada relato, quede en tus labios una amplia y sincera sonrisa. Si es así, habremos conseguido juntos, con esta forma de proceder, ser conscientes de la maravillosa experiencia que encontramos a nuestro paso en cada objeto, aspecto, circunstancia o momento de nuestras vidas.

La misma vida, en su amplitud y generosidad, está considerada como una constante en cada uno de los relatos de la primera parte, alrededor de la cual giran, se arremolinan y se doblan las diferentes circunstancias, situaciones y evolución de sus personajes; reflejados, deformados a veces, por los múltiples espejos que la propia vida nos aporta, ubicados en los más recónditos e insospechados lugares. Los relatos de la segunda parte contienen un código, más o menos oculto, que te propongo descubrir —no te costará mucho esfuerzo— y que plantea que todo acto de la existencia, por pequeño que sea, contiene una enseñanza que puede llegar a ser clave en un momento dado para un determinado lector. Espero que dicho código te sea de utilidad.

Algunos relatos tienen la consideración de «breves», incluso de «microrrelatos», que son los relatos de los tiempos modernos, porque requieren de todos menos esfuerzo, aparentemente, y que me ha tocado aprender a escribir sobre la marcha. Sus códigos oscilan entre lo claro y lo oscuro, entre

lo superficial y lo profundo, entre lo blanco y lo negro, y lo combinan, a veces, como en el símbolo del yin y el yang, o sea, en la vida misma. Por ello resultan ser fácilmente identificables con la experiencia de los lectores. Al final gana el bueno, como en las películas. Triunfa la parte luminosa tras el obligado paso por la parte oscura que contiene.

Por fortuna, mi opinión sobre el microrrelato ha sufrido también un fuerte proceso de evolución y ha variado de la forma que describo a continuación:

«Debo reconocer que ha dado un giro de 180 grados desde que me enfrenté a su escritura. En mi arsenal de ideas preconcebidas y de prejuicios ignorantes, consideraba al microrrelato como una postración de la literatura a esa cultura de consumo fácil y rápido que caracteriza al internet actual. En un proceso acelerado de rendición de los contenidos para garantizar, o al menos prolongar, su propia supervivencia, el microrrelato, pensaba, equivalía al Twitter de la literatura.

No obstante, al enfrentarme al primero de ellos y vivir la experiencia directa de crearlo, descubrí su gran potencial de aprendizaje y perfeccionamiento de la escritura en sí. Percibí la necesidad de contundencia expresiva en cada frase, el sopesado y la cuidadosa valoración de las palabras para la composición del texto y el distinto poder y versatilidad

descriptiva de cada una de ellas, así como su diferente eco y resonancia dentro de la frase. Toda una experiencia, fruto de la necesaria economía en la expresión. Curioso que, en lugar de valorarse la fluidez verbal del texto, se valore la concisión».

El hilo que engarza las cuentas que representan estos relatos, que recorre incólume su núcleo para formar el bello collar de su contenido, es la misma Luz. Ella nos cuenta de una manera especial, bajo una óptica diferente, cosas que pasan en la forma de: vivencias diarias, extraños lugares a los que acudimos en viajes inusitados, objetos que se nos presentan, personas que nos dejan su experiencia y legado; para contabilizar así, con números negros y rojos, su enseñanza en el libro de nuestro interior. Espero que el saldo final arroje números negros y guíe a nuestra alma hacia esa especie de cielo que tanto necesitamos.

También espero que te gusten, y que, además, los disfrutes cuando los leas tanto o más que yo al escribirlos.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

# LA VIDA Y SUS ESPEJOS

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

# SOLA, FANÉ Y DESCANGAYADA

Relato ganador del 1º Premio, modalidad Prosa,  
del Certamen Literario «Mano a mano con Gardel», convocado  
en 2015 por la Asociación Gardelianos Sabadell-Tacuarembó

*A la memoria de mi padre,  
de quien guardo los recuerdos  
que él menos se imaginaría.*

No tengo demasiados recuerdos de mi infancia, pero guardo una detallada memoria y un gran cariño a una colección de vivencias que apenas ha variado a lo largo de mi avanzada vida, y que se agrupan sólidamente encuadernadas y cosidas por el dramático hilo del tango.

Mi padre se llamaba como yo, Domingo, y como su padre, y como su abuelo y como su bisabuelo, con el cual se pierde la memoria del linaje. Mi padre era guapo, lo fue desde que nació, y no es pasión de hijo, si es que este tipo de pasiones está catalogado. Fue guapo siempre, de la manera en que

cada edad se hace acreedora de esa virtud cuando se posee, y cuando falleció, ya bastante anciano y desmejorado, conservaba claras evidencias aún de la perfecta proporción de su cuerpo, de la canónica belleza de sus facciones y de cierto señorío oculto, solo perceptible para quien sabe ver. A modo de postal lingüística la suya era una acertada alquimia entre Jorge Negrete y Errol Flynn, no solo en el aspecto físico sino en la forma de ser, entender y afrontar la vida.

En la década de los sesenta, en la que este país se sacudía como podía, conscientemente o no, la miseria lúdica y el robo de autoestima de 30 años de oscuridad ideológica y emocional, mi padre era una fuerza viva de la naturaleza varonil, en pleno auge de producción de testosterona. El tango era la banda sonora de la película de su vida.

El recuerdo comienza siempre de la misma manera, estoy sentado sobre las frías y enceradas baldosas de terrazo del dormitorio de mis padres, un tanto acurrucado y con la espalda apoyada en el lateral de su lecho matrimonial junto a la mesilla de noche. Doy como 9 años y soy aún bastante chiquito, pero muy vivo. A mi lado y frente al espejo de cuerpo entero central de un pesado armario de 3 piezas y buena madera, él se está vistiendo. Ha llegado de trabajar en las fincas agrícolas de su padre, mi abuelo. Es una especie



de capataz y encargado de las ventas de la producción agrícola. Ni es peón ni es amo, sino todo lo contrario. Se ha lavado como ha podido en una palangana de agua fría (la bañera del asalariado la trajo a este país la democracia) y se prepara frente al espejo para salir de juerga. Aún a medio vestir, cuando ya es capaz de imaginarse lo que le deparará la noche, el espíritu de Carlitos se reúne con él desde la «lejana Buenos Aires», viene, le toma, y bajo su mandato, y como transfigurado, se arranca. Hoy le toca a «Volver». *Shó adivino el parpadeo/ de las luces que a lo lejos/ van marcando mi retorno, imitación del rasgueo de la guitarra, son las mismas que alumbraron/ con sus pálidos reflejos/ hondas horas de dolor/ pero el viajero que huye/ tarde o temprano/ detiene su andar...* Gesticulaba ante el espejo a la vez que se vestía como si actuase ante numeroso público, como en su imaginario lo haría el rey en los escenarios de Nueva York y París, mientras cientos de elegantes y misteriosas damas se deshacían de amor a sus pies en el patio de butacas y revivían dramas románticos de la mano de las letras de Lepera y Discépolo.

A la altura del arreglo del cuello de pajarita, que vestía en contadas ocasiones, se arrancaba invariablemente por *sola, fané y descangayada/ la vi esta madrugada/ salir del cabaret...*

y cuando se recolocaba su chaqueta negra, fruto del práctico arreglo del traje de su boda, y lograba el clímax de su hermosura, entonaba invariablemente mientras daba el último toque a las solapas: *Tomo y obligo/ mándese un trago/ que hoy necesito el recuerdo matar/...* Variantes con «Yira, Yira» o «Mi Buenos Aires querido», fragmentos de «A media luz», «Viejo Smoking» o «Caminito» aquí y allá, e. indefectiblemente, un alto musical para recitar, más bien declamar con toda el alma y con fuerte acento de arrabalero de la Boca, repicado de las películas de Gardel, la frase compendio de su filosofía vital básica:

—Hay que viviiiiir —en su versión más económica, o:

—Hay que vivir la vida —en su versión completa y sin recortes.

En torno a este argumento y escenografía giraron mis tempranas lecciones de tango, mi educación sentimental, precoz y acelerada, en todas las variantes de la tragedia amorosa, el desengaño, el fatalismo, el abandono, la traición, la pérdida y la nostalgia evocadas en aquellas letras lunfardas que auténticos genios de la poesía y el drama sirvieron en bandeja de plata al rey, buscando el talento de su voz y el desgarró de su propia alma en la interpretación.

Cuando reparaba en mis ojos de niño, clavados en él con

tanta curiosidad como admiración, llegaba la hora de la clase teórica:

—Ninguno como Gardel, hijo, ni Lucho Gatica, ni Luis Acuña, ...nada, nada, imitadores todos, ninguno como Gardel, hazme caso, te lo digo yo. No escuches nunca un tango que no lo cante Gardel porque te vas a decepcionar y a desanimar —y, de corrido, se arrancaba de nuevo:

—*Cuando la suerte qu'es grega/ fayando y fayando/ te large parao...*

En aquellos momentos era mi héroe.

—Papá, —interrumpí su monólogo —¿qué significa «grega»?

—Yo que sé, hijo, pues grega, qué va a significar grega, pues grega, palabras de allí, de los tangos, ¿y qué más da?

Los tangos y Gardel, sus raras y extravagantes palabras y la grandeza tan particular de ambos tenían todo el derecho a existir del modo y manera que les viniese en gana, sin tener que dar explicaciones a nadie. Era el privilegio de aquella música y de su rey. Muchos años después, y créanme que incomoda, descubrí que la palabra correcta es «grela», en lunfardo: mugre, suciedad, mala suerte, mujer de un rufián, mujer de medio ambiente, y que grega, sencillamente, no existe, pero a pesar de la ignorancia a

este respecto, el espíritu del «Yira» dejaba claro su significado.

Otros días, ignoro la razón, arrebatado por esa especie de «alter ego» musical, se arrancaba por Jorge Negrete:

—*Ya estamos llegando a Pénjamo/ ya brillan allí sus cúpulas/  
bellas canciones/...*

Si persistía un minuto en esa onda, yo me levantaba en silencio y me largaba de allí descorazonado.

En el escaso tiempo en que mi padre alcanzaba la calle desde su dormitorio, sufría, como una ráfaga de ametralladora, las hirientes y repetidas imprecaciones de mi madre:

—Donde vas otra vez, golfo sinvergüenza, con alguna pelandrusca, seguro, ¿Por qué no te quedas en tu casa con tu mujer y tus hijos? Mirale como se arregla, como si fuera de boda, para las milanas golfas como él, —y toda una serie de variaciones sobre el mismo tema que crecían en intensidad a medida que él alcanzaba la puerta. Era como atravesar un campo de minas. Por toda acelerada y comprometida respuesta, el farfullaba su primer Mandamiento de la Ley del Tango:

—Me voy a vivir la vida..., hay que viviiiiir...

Cuando la puerta se cerraba tras él, mis hermanos y yo entrábamos en una situación de peligro. Cualquier mínimo

desliz nos hacía acreedores de un pescozón si estábamos cerca de ella o de una zapatilla artillera si nos hallábamos fuera del alcance de su infantería.

—Y tú, qué hacías ahí dentro —me imprecaba. —De tanto escucharle te vas a volver como él.

Yo no había barajado nunca esa posibilidad, pero, bien mirado, no me importaría en absoluto, le adoraba tanto que, pese a mi interés temprano por los libros, lo que parecía un trágico hado me llenaba de orgullo. Muy tanguero todo ello.

Aranjuez, mi pueblo, aunque es más propio emplear su denominación correcta, justamente merecida: el Real Sitio y Villa de Aranjuez tenía en la década de los sesenta, nada más y nada menos que tres casinos: El «de los militares», donde se reunían los políticos municipales, los adláteres del Movimiento y los oficiales del Regimiento Acorazado de Pavía que sentaba sus reales en un gran caserón del pueblo; el Círculo de Agricultores y Ganaderos, al que acudía todos los días de su vida en aquella época mi abuelo, con su traje de chaleco marrón oscuro, su camisa blanca y su corbata y sombreros negros luctuosos, a jugar al tute, fumar habanos y hablar de su tema único de conversación: el campo, las fincas, la producción, el mercado, el tiempo, etc. excluyendo con buen tino la política; y el Casino de Aranjuez, donde se daban cita

comerciantes, funcionarios e incipientes empresarios dados al deporte mental del ajedrez. Mi abuelo, como digno titular de una «casa fuerte» de agricultores de la vega del Tajo, era socio de los tres. Era lo políticamente correcto en aquellas horas, aunque solo frecuentaba el Círculo; pero para representar dignamente «una casa grande» los tres casinos eran frecuentados por mi padre, que era más asiduo del primero, donde a partir de cierta hora se cerraba la planta baja a la gente de orden y buenas costumbres y se abrían los salones del entresuelo a las mesas de giley, bacarrá y black-jack, cuya exitosa práctica formaba parte también de las habilidades naturales de mi padre. A poco resquicio que diera el influjo de las copas y a los primeros síntomas de juerga incipiente, éste se arrancaba por Gardel, lentamente al principio, para hacer corro jaleador, y a tumba abierta después, con todas las de la ley. Era su momentos de gloria, de una grandeza incomparablemente superior a su ya privilegiado estatus de heredero de «casa grande». Ni comparación.

Llegados a cierto clímax de la actuación, invariablemente relataba lo que para él había sido la cima de su gloria; el día que le llamaron de Radio Peninsular, de un programa que dedicaban al tango y a Gardel, y le pidieron que cantara, a capela, por teléfono, un «tangaso» de su elección.

—*Sola, fané y descangayada/ la vi esta madrugada/ salir del cabaret/...*—se arrancó sin obstáculos ni dilación, vertiendo la más excelsa esencia del tango gardeliano y de su alma en el auricular.

Heme aquí que, con todos estos precedentes, a los once infantiles años era capaz de cantar «Volver» de corrido y de principio a fin, además de grandes fragmentos de otros tangos célebres y, lo que nadie veía, de emocionarme tanto por dentro al cantarlos, como para tener que reprimir alguna lagrimita infantil arrancada a golpe de traición, abandono o nostalgia tanguera.

[www.cuadernosdelaborino.com](http://www.cuadernosdelaborino.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



## II

Aunque el paso del tiempo, cruel y tirano, la llegada de la adolescencia, del instituto, de la universidad, del *rock & roll*, de la lucha política, me apagaron la llama del tango, un rescaldo vivo de ardientes brasas permanecía indemne en mi interior, como una fatal reserva estética y emocional tan diferente a los usos amorosos y sentimentales de la incipiente cultura democrática de este país.

No obstante, aún tuve ocasión de comprobar en mis propias carnes como las estatuas de los héroes acaban cayendo de sus pedestales y como los mitos de la infancia se disuelven por sí mismos. La ruina del campo de mi pueblo, derivada de la implantación de la industria, tumbó a las «casas grandes» de agricultores. El mapa social de Aranjuez cambió a un ritmo vertiginoso y mi padre tuvo que descender del cielo de los casinos al inframundo de las tabernas para conseguir público para su arte gardeliano. En aquellos tugurios étlicos, a los que me llevaba como perrillo fiel, tuvo que competir con verdaderos artistas de la copla española que se arrancaban a la perfección, sin más acicate que un vaso de vino barato, por el ya olvidado Pepe Marchena, por Antonio Molina, el hermoso, por el ínclito Juanito Valderrama o por

el emotivo Pepe Pinto, que provocaban vítores entusiastas de los peones agrícolas, devotos todos ellos del arte del flamenco. Inevitablemente mi padre portaba a Gardel consigo y a nadie más. Sus canciones, sus letras, el alma de su tango, su fatalismo, y ese espíritu poderoso disolvían el aura de la copla agrícola y reconstruían, hasta donde era posible en aquel auditorio, el espíritu porteño urbanita y elegante del Buenos Aires de antaño. La nueva claqué aplaudía y jaleaba su arte, a la espera de aquella frase con la que solía terminar sus intervenciones, llevado por el sonido de los aplausos.

—Camarero, barra libre para estos señores.

—¿Qué señores? —me preguntaba yo, incapaz de darles a aquellos patanes el más mínimo ascendiente sobre mi héroe, ahora herido de muerte.

Pero el destino juega con cartas marcadas y en alguna estrofa de algún tango olvidado figuraba profetizado el hecho de que mi profesión de ingeniero de satélites me llevaría, allá por los treinta y muchos, en la última década del siglo de Gardel, por toda Sudamérica. Primero Perú, después Santiago de Chile, Ciudad de México, La Habana, Bogotá, Caracas, Sao Paulo y, finalmente, Buenos Aires, la «lejana Buenos Aires» del tango.

Desde que se tomó la decisión de que yo tenía que abrir una filial de mi empresa en Argentina, el país con nombre

de mujer, los rescoldos vivos, las brasas ardientes de mi pasión por el tango se encendieron de nuevo, con más fuerza si cabe, evocadas, invocadas y convocadas por una suerte de llamada atávica, ineludible e incontestable, que me rindió a sus pies con toda la carga del pasado. Apenas pude dormir los días previos a mi partida hacia la capital del Plata, emba-rgado por la emoción del encuentro con el escenario de aquellos momentos inolvidables de mi infancia y la añoranza de mi padre maestro, entonces ya en rápido y profundo decli-ve. Desde que puse el pie en el asfalto del Aeroparque, las letras y músicas de todos los tangos, firmemente aprendidas en la niñez, abandonaban su refugio en las oquedades de mi memoria y saltaban a mi mente en tropel, de una a otra, con precipitación, con la prisa del que quiere escapar porque ha reconocido su lugar de origen, su ancestro, su patria.

Buenos Aires me embriagó desde el primer día, pero los argentinos me infligieron un fuerte golpe emocional por la manifestación evidente de su olvido, de su casi desprecio por el tango. Después de la obligada conversación de apertura con cada nuevo contacto comercial: ¿River o Boca? yo inda-gaba, directa, abierta y explícitamente, el conocimiento y la orientación tanguera de mi interlocutor. Cuál no sería mi decepción al comprobar que los argentinos consideraban el

tango como algo del pasado, fuera de toda moda, no más que nostalgia de viejos y cultura popular de los ancestros, y que algunos hasta se avergonzaban de ello, reclamando el rock, el pop y la música anglosajona como lo verdaderamente valioso y moderno, tal y como había sucedido en España con la copla y con el flamenco. Tardé mucho en digerir y asimilar este golpe bajo inicial, pero me repuse en base a la esperanza de encontrar y disfrutar de tantos vestigios del tango como fuera posible en aquella prodigiosa ciudad en base a tantas expediciones antropológicas a los arrabales capitalinos como fueran necesarias.

Los fines de semana me lanzaba al frescor de las calles desde primera hora, ansioso por absorber el espíritu porteño y conocer mejor el modo de vida argentino. Una primera descubierta por la 9 de julio, margen izquierda, monolito y Teatro Colón incluidos, con meta en la plaza de La Recoleta, su cementerio y la puerta de entrada del Hola, el mítico restaurante donde Eric Clapton se enamoró a primera vista de una camarera argentina y la hizo su esposa, como me pasaría a mí si no me lo hubiese prohibido con toda la autoridad que me es posible. Descenso por avenidas varias hasta Puerto Madero, viejos embarcaderos del Plata y modernos restaurantes de diseño al más refinado estilo europeo, ascenso de

nuevo por la Casa Rosada y la Plaza de las Madres de Mayo de regreso hacia el almuerzo en algún asador criollo del Microcentro, donde me abastecían con todo primor y complicidad de mi dieta única porteña para almuerzo y cena: bife de chorizo y panqueque de dulce de leche. Así día y noche, laborables y festivos, mientras mis pies pisasen suelo argentino. Sin mayores rastros del tango y sus vestigios arqueológicos o vibratorios. Me guardaba para el final, para cuando me hubiera familiarizado lo suficiente con el espíritu porteño y el alma del país con nombre de mujer, la ruta de San Telmo, el barrio de la Boca, Caminito y sus arrabales, como última ruta de la esperanza donde descubrir algún reducto del tango y su esplendor.

Adoraba el Microcentro de Buenos Aires, esa retícula cartesiana callejera llena de vida, comercios, cafés, transeúntes de lo más variado, viejas oficinas y almacenes, etc, ese perfecto fractal de la propia ciudad, resumen ejecutivo del espacio urbanita de la argentina entera, donde lo bonaerense puro se sublima y se respira, incluido el tango. Los ecos resonantes de sus calles, escenarios de los mejores tangos: *Corrientes 348, 2º piso ascensor» donde me quede embobado mirando casi una hora entera la posible ventana de aquel nido de amor clandestino. «Cómo habrá cambiado mi calle Corrien-*

tes/ *Suipacha, Esperanza, mi lindo arrabal* planeaban en el aire como aves urbanas que nunca hubiesen emigrado.

Me costaba un verdadero esfuerzo salir de ese micro-mundo tan específicamente porteño, con tanta Argentina en tan poco espacio, pero allí vino el tango en persona a buscarme una mañana de domingo. Paseaba lenta y absortamente por Suipacha y escuché los compases de un viejo bandoneón que tocaba un no menos viejo artista, con un ajado traje negro y un sombrero del mismo color que probablemente conociera los cinco continentes, en una acera de paso, sentado en una pequeña banqueta y con un obligado vaso peticionario a sus pies. Me sumé al grupo de escuchantes anónimos que tarareaban las letras de los tangos que largaba el sobado bandoneón, pura lastimería melancólica. Me sentía orgulloso de participar en aquel «performance» todo tango callejero. Mi amor por el tango empezaba a recibir, al fin, algunas muestras del reconocimiento porteño. Una a una las personas se fueron marchando y me quedé solo, atrapado por el sonido rasgado y dramático del bandoneón que no cesaba de tocar canciones conocidas que me arrastraban a los más profundos arcanos de mi infancia. El artista —no le encontré otro nombre más adecuado— tocaba y tocaba sin parar y miraba alternativamente a mi rostro extasiado y al

vaso de las propinas, primero sugiriendo, luego como ordenando, mientras yo le abastecía rítmicamente de generosas entregas de billetes de cinco *mangos*. Viendo que mi adición a escuchar superaba su resistencia a tocar, detuvo la música, me miró y me espetó con un cerrado acento porteño:

—¿Alguna pieza en particular, cabashero?

Movido por un resorte interno y sin pensarlo dos veces le indiqué: —Sola, fané y descangayada— con un acento de *gashego* cerrado que el artista reconoció de inmediato.

Mientras tomaba posición para la, al parecer, postrera interpretación de la mañana, musitó entre dientes:

—Mirá..., orto de *gashego*..., el boludo, como sabé de tangos

Esa frase fue todo un nombramiento para mí, como un título de hijo adoptivo de la ciudad del tango y del tango mismo, y, henchido del honor por tal reconocimiento, que dediqué de inmediato y transferí a esa hermosa combinación de Jorge Negrete y Errol Flynn con alma de Gardel, me arranqué a voz en grito, en plena calle Suipacha del Microcentro de Buenos Aires, capital de la República Argentina, Sudamérica:

—*Sola, fané y descangayada/ la vi esta madrugada/ salir del cabaré/ flaca, tres cuartas de cogote/ una percha por escote/ bajo la nuez/ parecía un gallo desplumao/ mostrando al com-*

*padreao/ su cuero picoteao/ esta noche me emborracho bien/  
me mamo bien mamao/ pá no pensar.*

Gardel se levantó de su tumba. Mi padre no porque aún no había fallecido, pero, aquello iba por él.

Ahora ya, cuando *las nieves del tiempo platearon mi sien*, cuando los *buenos aires* porteños, la mansa corriente espejada del Río de la Plata y el país con nombre de mujer están tan lejos como realmente están, solo me queda gestionar este enorme cargamento interno de nostalgia que de vez en cuando me lleva a tararear para dentro *Lejano Buenos Aires/ que linda que has de estar/ ya van para diez años/ que me viste marchar/...*, y en los momentos de saudade en que la añoranza aprieta me sorprende también cantando *yo siento que el recuerdo/ me clava su puñal.*



## EL POZO

Estoy atrapado en un pozo oscuro, profundo y frío. Una especie de mazmorra cilíndrica de poco menos de un metro de diámetro y unos veinte metros de alto. La única salida del pozo es algo que parece una reja en el techo por la que llega, intensa, la luz del cielo. Veo una entrada constante de agua en el suelo del pozo que lo llena poco a poco. No sé de dónde procede, pero ha empezado a inundarlo. Las paredes son de piedra y argamasa de mortero. Ignoro todo acerca de cómo he llegado hasta aquí ni por qué, pero está claro que tengo que escapar o el agua me matará. Tengo que llegar a esa luz para escapar. No encuentro otra salida. No hay otra salida.

Son varios metros de pared hasta la reja, pero el pozo se anega sin pausa. Con mis propias manos arranco una piedra de entre la ya húmeda argamasa. Tiene un borde afilado y duro. Espero que sirva. La agarro con fuerza y empiezo a cavar agujeros en la pared, en las zonas más blandas de mortero,